

El hombre y Dios*

La exégesis es parte del estudio de la Psicología

Parece lapidaria la división que el primer versículo bíblico hace entre «los cielos» y «la tierra», entre lo carnal y lo divino o celestial. Este doble aspecto del cosmos, del *logos*, del Todo, se nota en todos los libros sagrados. Es clara la alusión, en los versículos 47 a 49 del undécimo capítulo de *Bhagavad Gita*, a la manifestación de la forma divina (*Vishva-Rupa-Darshanam*). Es muy curiosa la similitud entre este capítulo del *Bhagavad Gita* y el capítulo 17 de San Mateo, que alude a la transfiguración de Cristo. En ambos la presencia divina perturba al hombre en gran manera, aunque en uno el hombre se llama Arjuna y en el otro Pedro, Jacobo y Juan. En ambos libros el hombre es calmado por el intermediario divino en su forma humana (Krishna o Cristo). En ambos libros se le pide al hombre que no hable de «esa luz» que vio, de esa experiencia de lucidez que alcanzó a tener. El hombre, sin embargo, habla de su experiencia trascendental atemporal en lenguaje prudente (los libros sagrados) y sin otra posibilidad: simbólico. Lo hace llevado por su amor o por su deseo de compartir esa lucidez gigantesca o «infinita».

Un ejemplo lo tenemos en el libro de Habakuk 2:2, «Y Jehová me respondió y dijo: Escribe la visión y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ellas».

Irremediablemente el que está a oscuras no entenderá sino literalmente lo que se desea decirle. No hay contacto entre la oscuridad y la luz, y ese fue el peligro ya previsto por los grandes iluminados.

En Proverbios 23:9 se nos dice: «No habléis a oídos del necio porque menospreciará la prudencia de tus razones».

En Mateo 13:13 Cristo dice: «Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden». Y el profeta Isaías había dicho mucho tiempo antes: «No vean con los ojos ni oigan con los oídos, entiendan con el corazón y transfórmense para curarse».

De esta tónica es el párrafo de Lucas 16:31 y mucho antes se había escrito en Job 14:14. «Todos los días de mi edad esperaré hasta que venga mi mutación».

* Extraído del libro: "PSICOLOGÍA HOLOKINÉTICA (EL ÚNICO PARADIGMA CIENTÍFICO EN PSICOLOGÍA)", de Rubén Feldman González. Puede hacer clic aquí para descargarlo gratuitamente.

"Irremediablemente el que está a oscuras no entenderá sino literalmente lo que se desea decirle. No hay contacto entre la oscuridad y la luz, y ése fue el peligro ya previsto por los grandes iluminados."

Nos hablan, sin ninguna duda, de la urgente necesidad de la transformación mental total, no sólo para la propia regeneración global individual, cosa a realizar a solas con nuestras propias energías, sino también para el establecimiento (por añadidura) de una nueva forma de relaciones humanas, una nueva sociedad (Hechos 4:31-37). Esas, al fin de cuentas, son las realidades urgentes, «prácticas» que nos incumben a todos aquí y ahora. ***Esa transformación mental inmediata es despertar a la dormida Percepción Unitaria.***

Pero los iluminados sugieren también la importancia de realidades que nos trascienden, como nos dice Juan 3:12: «Si os he dicho cosas terrenas y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?».

El Concilio Vaticano II ratificó aquello de que la Biblia es la palabra de Dios. De acuerdo (o en desacuerdo) con esto habrá una exégesis (interpretación) distinta de lo sagrado para cada ser humano y para cada nivel de conciencia por el que un mismo ser humano pueda transitar.

Agustín, en su libro *De Civitate Dei* (17) nos dice que Dios habla en la Biblia «a través de los hombres y de una manera humana». Sabemos que Moisés (al parecer educado en el primer imperio monoteísta conocido en Egipto, el de Akhenatón o Amenofis IV, inspirador a su vez del Salmo 104 a través de su himno al sol o «Himno a Atón» en 1362 a. de C.) no escribió el Pentateuco, ni Pablo la Epístola a los Hebreos. Era común por esos tiempos firmar con el nombre de hombres famosos del pasado, lo cual no se consideraba fraude ni llevaba mala intención. Pero sabemos también que Dios se valía de hombres que se negaban a sí mismos en el anonimato para solamente transmitir la palabra atemporal, el Verbo del Principio cuya esencia no es el sonido ni la palabra. Cada libro (a veces redactado por varios autores en tres o cuatro siglos) muestra el estilo de su propio autor humano, quien no hacía más que expresar la esencia de las cosas a su manera y en su idioma, ya fuera hebreo, arameo o griego.

"Pero los iluminados sugieren también la importancia de realidades que nos trascienden, como nos dice Juan 3:12: «Si os he dicho cosas terrenas y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?»"

El libro del profeta Isaías consta de sesenta y seis capítulos, de los cuales veintidós estaban escritos en el 720 a. de C. El resto se agregó ciento cincuenta años después, lo que permitió que «Isaías» mencionara con «anterioridad» el reinado de Ciro, pero recién en los capítulos 44 y 45. Esto no invalida el fenómeno de la videncia o predicción, explicado claramente para aquellos que indaguen profundamente en el símbolo del Sol: un círculo centrado por un punto; también la holokinesis de Bohm.

En lengua hebrea hay cumbres literarias bíblicas como el Libro de Job y algunos Salmos. Pero como la forma y la literatura eran secundarias, el resto de los libros no es artísticamente muy apreciable. Sin duda estos hombres estaban muy lejos de proponerse hacer simple literatura. Todo esto se relaciona con Éxodo 3:14: «Y respondió Dios a Moisés: *yo soy el que soy*». La palabra hebrea Jehová (Dios), literalmente escrita IHVH —las cuatro letras o tetragramatón— en el antiguo hebreo sin vocales, deriva de HHH, verbo que significa tanto «serse» como «ser», de sonido parecido a la palabra «yo» de algunos idiomas y dialectos noreuropeos. Emmanuel, uno de los nombres dados al Mesías, significa literalmente «Dios en nosotros». Véase Salmo 82 y Juan 19. ¿No es significativa tanta relación entre los conceptos de *Dios, Mesías, serse, ser y yo? (¡y nosotros!)*.

En 1 Cor 2:16 se dice «Nosotros tenemos la mente de Kristos».

En el tercer volumen de *Las máscaras de Dios* de Joseph Campbell, se trata indirectamente de esta cuádruple relación: Dios, Mesías, ser y yo.

Un punto de apoyo más que interesante para la exégesis, es el que ve la Biblia como un relato de todo lo que podría acontecer en nuestra psiquis. En nuestra propia psiquis hoy y aquí. En cualquier ser humano. La Biblia aborda la naturaleza esencial de la mente humana. Serse y ser, o sea estar en sí mismo para darse cuenta de que se vive. Por eso, entre otras cosas, ha perdurado. Pero si la Biblia no es una llave más para observar el agitado interior de nuestra mente, es mejor que el polvo milenario siga acumulándose sobre sus manoseadas o ignoradas páginas.

Algunos ejemplos

Los versículos 13 y 17 de Éxodo 20 y Deuteronomio 5, respectivamente, dicen sólo dos palabras: «no matarás». No exploraremos las relaciones entre la estrella de cinco puntas (el pentagrama o el hombre) y el número 5 otorgado a este mandamiento. Leídas sólo al azar no dicen más que lo literal, pero si las incorporamos a través del cuádruple principio: «seriedad, tiempo, penetración y sentido de la síntesis», irremediablemente sabremos que no sólo matamos con las manos o con armas. Podemos matar también con un sentimiento inmanente, con una palabrita o con una silenciosa actitud de hostilidad, de menosprecio o de sospecha.

A cada paso se enfatiza en la Biblia el valor de esta síntesis, el valor de lo interno, el significado inmenso de lo que ocurre en la intimidad de nuestra conciencia. Por ejemplo, en Mateo 5:27-30, «Oísteis que fue dicho: no cometerás adulterio, pero yo digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón».

Agrega que es preferible arrancarse los ojos o las manos antes de «caer» y perder la posibilidad de experimentar los «cielos», o sea las trascendentales experiencias potenciales yacentes en nuestra conciencia. Algo parecido expresa Lucas en 11:33-36: habla de la lucidez que hay en ti, o sea de la luz que hay en ti.

Se nos ha dicho que sobre la cruz (o *stauros*) en que murió Jesucristo se escribieron cuatro letras: «INRI». Para muchos eso significa (en latín): Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. También se nos dice que esas letras tienen varios significados, entre otros: *In Nobis Regnat Iesus* (en nosotros reina Jesús). La palabra usada no es «sobre» nosotros reina Jesús, sino «en» nosotros reina Jesús, o sea dentro de nuestro propio ser está el maestro que nos enseña la verdad, nos señala el camino y nos da una nueva vida. ***Sólo nosotros mismos podemos vivir con la intención de expresar el Kristos interno.***

En Romanos 8:2 se nos repite dos veces que el mismo espíritu que transformó a Jesucristo *habita en el interior de cada uno* de los seres humanos.

En Mateo 8:22 se hace mención de los hombres que están muertos en vida. Muertos en vida que sólo son capaces de enterrar a sus muertos.

En Juan 13 Cristo lava los pies de sus discípulos porque es lo único que se le puede ensuciar a un hombre limpio.

Aquello que está en contacto con la «tierra», con lo mundanal. Los pies en lenguaje bíblico representan claramente los cinco sentidos que nos relacionan con el «exterior» o con la «tierra».

En Lucas 17:20 se afirma claramente que el reino de Dios está «entre vosotros» y que no podrá ser señalado con el dedo ya que no es del espacio. Que lo temporal es un aspecto derivado de nuestro concepto mental de «espacio» parece claramente expresado desde el primer capítulo del primer libro de la Biblia (Génesis

***"... no sólo matamos con las manos o con armas.
Podemos matar también con un sentimiento
inmanente, con una palabrita o con una
silenciosa actitud de hostilidad,
de menosprecio o de sospecha."***

1:14) y por lo tanto está englobado en la palabra «Tierra», de acuerdo con el significado de «tierra» sugerido en el versículo inicial. «Y dijo Dios: Sean lumbreras en la *expansión de los cielos* para apartar *el día de la noche*; y sean por señales para las estaciones y para días y años». Tiempo y espacio condicionan. Los «cielos» son lo incondicionado, lo eterno, lo atemporal, aquello que está más allá del espacio y de sus consecuencias psicológicas: el tiempo.

En la carta de Pablo a los Corintios (3:16) se dice que somos templos de Dios y que el espíritu de Dios mora en nosotros. Se sigue enfatizando la importancia de nuestra interioridad. Poco después se desprecia la sabiduría de este mundo, que indudablemente constituye también, por ser condicionada, otro aspecto de la «tierra»: nuestra memoria.

Mateo 6:25 reafirma lo mismo al decir «que el cuerpo es más que el vestido y la vida más que el alimento». Poco antes, en el mismo capítulo exhorta a hacer tesoros en el «cielo» y no en la «tierra».

En el centro del libro de Joel (2:13) se nos dice: «Y lacerad vuestro corazón, vuestro corazón y no vuestros vestidos»... (era costumbre entre los hebreos cuando escuchaban una ofensa a Dios o una infamia o calumnia, destrozarse sus ropas). En Mateo 23:26 exclama Jesús: «Fariseo ciego, limpia primero lo de adentro del plato y del vaso para que también lo de afuera sea limpio». Lo mismo se repite en Lucas 11:37-40. ❖

